



Saldando una deuda pendiente con Víctor Infantes: la desconocida fotografía de José Sancho Rayón

Jon Zabala

<ORCID: [0000-0002-7268-0821](https://orcid.org/0000-0002-7268-0821)>

Consejo Superior de Investigaciones Científicas (España)

jon.zabala@csic.es

JANUS 10 (2021)

Fecha recepción: 25/09/21, Fecha de publicación: 09/11/21

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=195>>

<DOI: <https://doi.org/10.51472/JESO20211029>>

Resumen

Víctor Infantes (1950-2016), con evidentes tintes autobiográficos, afirmó que “[a] bibliófilo [...] le van sanando (siempre momentáneamente) como dosis terapéuticas las piezas acumuladas y [que] al final de su vida puede decirse que cuantas más dosis ha consumido más feliz [ha sido]” (2016: 12). Pero él no pudo, como ningún otro bibliófilo del pasado (o del futuro), ingerir “la farmacopea [bibliográfica] universal”, es más, en uno de sus últimos trabajos se seguía lamentando de haber tenido “una espina clavada” durante décadas, la de no haberse *visto las caras* con el fotógrafo y también bibliófilo José Sancho Rayón (1830-1900), uno de los personajes a los que consagró muchos (y apasionantes) años de estudio. En esta nota-homenaje, se recuerda esa búsqueda vital y se salda (simbólicamente) esa *deuda bibliográfica* con la identificación del desconocido rostro.

Palabras clave

Pliegos sueltos; Relaciones de sucesos; Pliegos de cordel; Edición; Facsímiles; Reproducción de libros antiguos; Fotografía; Fotolitografía; Bibliofilia; José Sancho Rayón

Title

Paying off a debt due with Víctor Infantes: the lost portrait of José Sancho Rayón

Abstract

Víctor Infantes (1950-2016), with evident autobiographical traits, affirmed that “the bibliophile is momentarily cured by the accumulated pieces, which are like

therapeutic doses, and at the end of his life one can say that he has been happier if more doses he has consumed” (2016: 12). But he was unable, like no other bibliophile of the past (or of the future), to ingest “the universal bibliographic pharmacopoeia”; in fact, in one of his last works he lamented having had “a thorn in his side” for decades, that of not having seen the face of the photographer and bibliophile José Sancho Rayón (1830-1900), one of the figures to whom he devoted many years of study. This note-tribute recalls this vital search and symbolically settles this bibliographical debt with the identification of the only photograph of Sancho Rayón known to date.

Keywords

Loose sheets; Broadsheet; News pamphlets; Graphic Arts; Facsimile editions; Ancient books reproduction; Photography, Collotype; Bibliophilia; José Sancho Rayón (bibliophile, librarian and spanish photographer)



PRÓLOGO [SIC]

“Desocupado lector”, como escribiese don Miguel, disculpe la impertinencia y la osadía de quien escribe estas desdeñables líneas, pero no he podido (literalmente) evitar ponerme frente al ordenador para redactarlas de un tirón, al menos en su versión original, la cual no se publicó en una bitácora electrónica (*blog*) por ser... inoportuna y no encajar con su línea editorial. Esta versión, aunque formal(izada) y con aparato crítico, no dista mucho de aquella.

Sé, sobradamente, que no tengo potestad alguna, y que hay personas infinitamente más y mejor cualificadas para saldar la deuda que se explicará a continuación. Pero, ante la posibilidad –real o imaginaria– de que nadie reparase en ello –ahora o nunca–, me he sentido impelido a usar mi torpe *pluma* para, modestamente, “desfacer el agravio”. Es probable, muy probable, que no le importe a nadie, pero creo, sinceramente, que a mi exánime colega le hubiese hecho (mucho) ilusión.

Absuélvaseme, por último, por lo críptico de este proemio, enseguida iré al grano. Sólo pretendo, a través de esta escueta nota, saldar una deuda vital y bibliográfica con un amigo (quizá común) y con un maestro: con Víctor... Víctor Infantes, cuyo segundo apellido bien pudo haber sido el de su sino, el del nombre de su *padrino*... de Miguel (por Cervantes, claro).

INTRODUCCIÓN

Hace poco más de cuatro décadas, entre 1977 y 1979, “seducido por una colección de facsímiles [*sine notis*] con pinta de antiguos” (Infantes, 2016: 7), el aludido acreedor inició una de sus más memorables y apasionantes investigaciones (bibliográficas). Al tiempo que buscó, localizó, adquirió, analizó y describió esas anónimas reproducciones, procurando resolver el misterio de su procedencia, fue abocetando también la personalidad del *bromista* artífice que las produjo.

Ya se puede advertir, quizá, que me estoy refiriendo a su excepcional trabajo sobre José Sancho Rayón –uno de los padres de los facsímiles patrios–, el cual se publicó hasta en tres ocasiones. La primera, en cuatro artículos consecutivos, en los hoy desaparecidos *Cuadernos de Bibliofilia* (1980a: 61-78; 1980b: 42-58; 1981: 5-29; 1981-1982: 19-42). La segunda (1982), cuando se (re)fundieron esas fragmentarias entregas¹ en una monografía que, por ser la más completa investigación al respecto, terminó por agotar su medio millar de ejemplares. Y la tercera (2016), con la reedición (facsímil, otra vez –como no podía ser de otra forma–) del librito anterior, acompañado de dos breves trabajos realizados en el nuevo milenio (2001 y 2003), y algunas notas marginales adicionales. De esta última, por ser la versión más completa y accesible², se toman la mayoría de las citas.

Sin embargo, pese a haber invertido muchos “años de consultas, [con] bastantes ilusiones y, sobre todo, varias sorpresas” (2016: 7), el autor se lamentaba, en la primera página del inicial trabajo que acompañaba a la última edición, de nunca haberse visto las caras con el fotógrafo nunca fotografiado. Clamaba:

a diferencia de otros muchos a los que también he investigado, a este personaje de los libros me hubiera gustado conocerle, porque uno, a veces, se

* Un agradecimiento especial a mis colegas y, sin embargo, amigos: Isabel Ortega, Noelia García, Juan Delgado y María José Rucio, de la BNE, por la ayuda constante.

¹ Al final del primer fascículo, en una nota de la redacción, se anunciaba: “Dada la extensión de este trabajo, nos hemos permitido fraccionarlo y publicarlo [originalmente] en tres entregas, de las cuales las dos siguientes aparecerán en los próximos números. Del trabajo completo se hará una edición exenta y muy limitada, cuando haya aparecido en su totalidad en estos CUADERNOS DE BIBLIOFILIA, a los que el autor ha concedido amablemente las primicias editoriales” (Infantes, 1980a: 78).

² En la que, curiosamente, no se solventó la ¿forzosa? elisión de la edición anterior (1982), donde se habían omitido –por estar en página par– las figs. 14-17 del estudio original (1980a: 42). Tal vez, ante la disyuntiva de corregir el error con la incorporación de una hoja en blanco o la modificación de la compaginación (además de la paginación –algo que sí cambió en las dos ocasiones siguientes–), se decantó por hacer un facsímil exacto (en el contenido) y no reparar aquella “falta”.

encariña con quien ha sido el compañero invisible durante muchos días de trabajo. Aunque también con una pequeña espina clavada, porque toda investigación la tiene, la de no haber encontrado, si es que existe, un retrato de su persona [...]; sigo estando convencido de que en algún lugar existe un *retrato* del personaje, que hasta ahora se resiste a salir a la luz (2016: 11).

Desafortunadamente, ese irresoluble enigma le acompañó hasta su muerte, pues aunque llegó a hacerse “una idea más o menos cabal de su carácter y de sus manías” (2016: 11), a través del análisis de la caligrafía conservada en las pocas y escuetas “cartas, escritos e informes” que se conservan de EL CULEBRO³, no pudo resolver la “incógnita de [su mirada]”.

De hecho, como no había podido hacer en los años setenta, cuando sólo era un joven (*¿e imberbe?*) filólogo que no había cumplido los treinta, en fechas recientes, ya como estudioso consolidado y catedrático universitario, lo intentó una vez más, cruzando el Atlántico para visitar finalmente la Hispanic Society, donde habían acabado, entre el legado del marqués de Jerez de los Caballeros, la mayoría de los libros de Sancho Rayón⁴ (2016: 26-27, 42, 135). Y así, rebuscando no sólo entre la biblioteca de su “compañero invisible”, sino también entre unos recientemente aparecidos y catalogados “papeles y reproducciones” (2016: 28, 135-141), tampoco encontró el añorado retrato.

Como si el destino le jugase una broma macabra, y el *burlón* fotógrafo decimonónico ocultase caprichosamente su desconocido rostro, Infantes no halló rastro alguno de la ansiada efigie, “una de las cosas que más [había] buscado” durante toda su vida. Algo, sin duda, “poco menos que sorprendente”, toda vez que se antoja improbable “que alguien que pasó más de veinte años [fotografiando y] reproduciendo libros no hubiera posado en algún momento para la posteridad o se hubiera (al menos) autorretratado alguna vez”, para que cualquiera de nosotros pudiese (re)conocer, ahora, su “mirada bibliófila” (2016: 136, 28).

SÍ ES ALGO PERSONAL

Antes de saldar la deuda, permítaseme una breve anotación (bi)biográfica, pues tuve el honor de conocer a Víctor hace poco más de una década, en un intento fallido –por mi parte– de colaboración en su nómina de ejemplares sobrevivientes de la *princeps* del Quijote. Como diría Saint-

³ Apodo empleado por los amigos y coetáneos de Sancho Rayón, ganado a pulso por sus destacables habilidades librescas (Infantes, 2016: 11-12, 15-16).

⁴ Pues el primero había comprado la colección del segundo tras su muerte (*vid. Revista de archivos* [...], 1900: 311).

Exupéry, "¡no supe comprender nada entonces! [...] yo era demasiado joven para" valorar aquella sin igual oportunidad de aprendizaje. Sin embargo, aquel generoso hombre se convirtió en uno de mis sutiles pero rotundos maestros. Uno de mis favoritos. Lamento no habérselo dicho nunca, pues la timidez (de ambos) me disuadió de articular tal cursilería, pero yo aprendí a escribir –presumiendo que haya empezado a hacerlo, y que no sea sólo una ilusión– fijándome en él como dechado. Pocos libros técnico-académicos (no literarios, narrativos) he leído con tanto agrado como los suyos. Quizá, precisamente, porque él no era sólo un erudito de la Literatura. Él traspasaba, en ambas direcciones, la frontera que separa al crítico del literato, al escritor del filólogo, al autor del recensor, al impresor del bibliófilo, al editor del bibliógrafo. Se movía, grácilmente, entre esa borrosa y grisácea zona limítrofe que separa categorías casi irreconciliables, pues él podía ser una cosa, u otra, y ambas hacerlas bien.

En fin, para quienes le conocieron –incluso mejor que yo– no diré (escribiré) nada nuevo. Y para quienes no tuvieron ese placer, aún pueden mantener ese mudo diálogo –condónese el oxímoron– con su obra, con su dilatada, original, amena y bien documentada obra (divulgada). Y hago esta última aclaración parentética, porque Víctor tenía otras curiosas y divertidas costumbres, como imprimir –de su peculio– unos efímeros, limitados y deliciosos “aguinaldos bibliográficos”. Los planificaba, los editaba, los estampaba, los explicaba, los numeraba, los firmaba y los enviaba por correo –o los entregaba en mano–, uno a uno, con mimo singular. Algún día, alguien debería reseñarlos y comentarlos⁵, pues en no muchos años serán (si no lo son ya) objeto del irrefrenable deseo bibliófilo.

Aunque nunca me consideré un íntimo, debí caerle en gracia, pues respondía prolijamente a mis correos, o atendía amablemente a cualquier llamada telefónica. Incluso, se puso bajo mi dirección delante de una cámara cuando se lo pedí (Zabala, 2014a y 2014b), y lo hizo sin preguntar, no como hicieron otros, a los que con asombro tuve que insistir –y, con todo, algunos me rechazaron–.

Quizá, por esa simpatía, o porque simplemente se sintió identificado con un *friki* de aficiones comunes, durante un lustro recibí (y atesoré) unos cuantos de esos “aguinaldos”, hasta que en 2016 dejaron de llegar. Fue extraño, pero no excesivamente, pues a veces no hablábamos en meses.

⁵ En la primera versión del texto, desconocía que Martínez Pereira ya había dado a la imprenta, en 2017, la obra intitulada *Una colección de rarezas bibliográficas: los aguinaldos impresos de Víctor Infantes (1997-2016)*, de la que no hay ejemplar ni en la Biblioteca Nacional, aunque presumiblemente se editaron 333 ejemplares por Los Libros de Forforeda –y que abiertamente declaro en *busca y captura*–. Ésta y otras entradas se han identificado a través de la bibliografía que, sobre Infantes, entregó como adenda al libro-homenaje que ella también coordinó y publicó en 2020.

Supuse que se habría olvidado o que, legítimamente, habría decidido borrar-me de su selecta lista. Tiempo después, con desagradable sorpresa, aparecieron las necrológicas. Juan-Carlos Conde escribió una en un conocido diario de tirada nacional (2016: 68), a los pocos días publicó otra la Biblioteca Nacional ([Egoscozábal], 2016), y Ana (Martínez Pereira), una de sus discípulas y colaboradoras más cercanas, publicó después una semblanza personal y profesional breve y otra más extensa (2016; 2017a: 9-14), incluso comisarió una pequeña exposición libresca (2017b) y coordinó finalmente un amplio libro-homenaje (2020)⁶. Ella, que le conoció mejor que yo, quizá les pueda convencer de que lo que digo es verdad o, al menos, mayoritariamente cierto.

Víctor no fue (desafortunadamente) mi director de tesis –nunca se lo pedí–, ni mi director de departamento o mi decano... no fue mi jefe, no tenía (ni tengo) motivo para adularle o para hacerle la pelota –hablando en plata–. Pero aún ahora, cuando encuentro referencias a sus trabajos, o cuando sigo algunas de sus pistas y logro desentrañar un dato más –por nimio que sea–, echo de menos la posibilidad de coger el teléfono y llamar al maestro, para ver si es así, o si estoy consultando un estado anterior de su investigación, o si simplemente se trata de un despiste mío. Era un placer oírle hablar –aunque escuchaba atento y respetuoso, y asumía, sin pudor, datos desconocidos o parcialmente interpretados– de nimios y absurdos detalles bibliográficos, de zarandajas que, a los dos, nos divertían como un juguete a un niño.

UN FELIZ ACCIDENTE

Hace unos meses, preparando un artículo que está en evaluación, y que, si la supera, verá la luz en próximas fechas, acaeció el (re)encuentro con Víctor, con su obra y con su recuerdo⁷. Después de una larga espera –provocada por el inolvidable confinamiento domiciliario de 2020 y las restricciones de la anormal “nueva normalidad [*sic*]”–, leyendo la correspondencia de don Marcelino Menéndez Pelayo, apareció un casi desconocido nombre que formaba parte del sintagma que titulaba un libro de Infantes que nació, casualmente, sólo unas semanas después de quien estas líneas escribe. Ese libro, descrito al inicio de esta nota, ya no tenía relación alguna con el tema del artículo –las reproducciones fotográficas del códice único del *Cantar de mio Cid*–, pero, como con las enfermedades, pues el contagio precede a los síntomas, el *sanchorrayonismo* o la *sanchorrayonofilia* ya

⁶ En el repertorio citado en la nota anterior, se incluye igualmente un apartado sobre reseñas-homenajes, en el que se lista una nómina mayor y completa, pues aquí se mencionan sólo las conocidas directamente en el triste ocaso de 2016.

⁷ De hecho, cometí el atrevimiento (otro, el primero), de dedicárselo.

había infectado hasta el tuétano y, antes siquiera de reparar en ello, ya se estaban (re)buscando las obritas que otrora fueron objeto de deseo del buen Víctor.

Además, leyendo con detenimiento sus conclusiones acerca de EL CULEBRO y sus fascinantes *bromas* o *burlas*, era imposible no seguir la lectura con la sensación de estar escuchando interiormente la voz del autor –como suele pasar con la gente conocida (si es que esto ocurre a todo el mundo)–. Descubrí, entre risas, incluso concomitancias vitales, como aquella donde abocetó a un hombre “cabezudo y difícil, de enorme entusiasmo inmediato, pero de una dejadez y abandono total cuando las cosas no se hacía [*sic*] como él pensaba que se tenían que realizar, por tanto bastante dado a la polémica y la trifulca, pero buen amigo de sus amigos a quienes apreciaba con constancia y defendía con obcecación” (2016: 27).

Y así, como pueril *quijotillo*, nació la intención –o, al menos, el deseo– de encontrar ese retrato para (o por) Víctor, a buscarlo, desde ese momento, en cada colección, archivo o biblioteca que pisase en un futuro. Y en esa nueva obsesión, una más (de las muchas que aquejan a las mentes trastornadas), postergando *sine die* la misión –pues hoy pocas instituciones se pueden visitar con facilidad y frecuencia para hurgar entre el contenido de cajas o legajos que están sólo descritos genéricamente–, accidental y felizmente, navegando sin prisas por la urdimbre del ciberespacio, apareció un opaco objeto digital que se correspondía con un lustroso objeto físico, pues el primero no hacía –en absoluto– justicia al segundo.

El original está soportado sobre una (otrora) maltrecha cartulina ocre sin esquinas –pues han sido restituidas recientemente por los restauradores de la casa que la conserva–, de gran formato –595 x 460 mm–. Sobre ella están pegados los retratos de los autores de los repertorios premiados durante los primeros ocho⁸ años de vida de los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional –de 1857 a 1865–. Son doce pequeñas albúminas ovals dispuestas como los números en un reloj, formando una parábola alrededor de una más grande, la del “iniciador de los premios”. Sobre cada una de ellas, los nombres y apellidos de los galardonados se indican dentro de una filacteria, y las obras premiadas y la convocatoria (fechas), se aclaran al pie.

Y allí, silente, casi como riéndose por no haber sido nunca encontrado, también a las ocho del reloj figurado –con todos sus posibles significados cabalísticos y numerológicos–, yace imperturbable el fotógrafo tantas veces buscado.

¿Pero por qué nadie había enderezado el tuerto, si ese preciso retrato ya figuraba descrito en la obra *150 años de fotografía en la Biblioteca*

⁸ En rigor, nueve, pero si no se toma en cuenta 1864, cuando no se premió ninguno de los dos trabajos presentados (*vid.* Delgado, [2001]: 52-53, 394-401, 261-266), son ocho, como la hora (figurada) que ocupa en la disposición de la orla.

Nacional (1989), que vio la luz hace más de tres décadas? La respuesta se vuelve aún más incomprensible si se comprueba que EL CULEBRO tenía entrada propia en el índice onomástico (1989: 242), e incluso era posible leer unas líneas en las que, por haber consultado la primera entrega de *Cuadernos* –que igualmente se lista en las referencias (1989: 85)–, ya se usaba el sintagma acuñado por Infantes para referirse a las obritas de Sancho Rayón (1989: 80-82). De hecho, hasta se incluían tres imágenes de sus reproducciones fotolitográficas (1989: 80, 150).

Tal vez, por procurar entender la omisión, es factible suponer que Infantes consultase la canónica *Iconografía hispana: catálogo de los retratos de personajes españoles de la Biblioteca Nacional* (publicado entre 1966 y 1970) y que, al no hallar al bibliófilo decimonónico⁹, descartase definitivamente –muy al inicio de su investigación– los fondos de la BNE, pues cuesta creer que el autor no hubiese buscado nunca en ésta, donde tenía buenos (y comunes) amigos, como Juan Delgado –el máximo estudioso de dichos concursos, entre otros muchos saberes–, quien, de hecho, remitió también a las entregas aparecidas en los *Cuadernos de bibliofilia* al preparar la entrada de Sancho Rayón ([2001]: 818-821), en obligada mención al abordar la participación de éste en la confección de “el Gallardo” ([2001]: 414-424). Es probable, por tanto, que tanto Kurtz y Ortega (1989) como Delgado ([2001]), conociesen sólo la primera versión del trabajo, y que no llegasen a leer el posterior *ay* de Infantes, explicado dos décadas después, primero en el artículo de 2000, y por último en la tantas veces citada monografía de 2016¹⁰.

Por otro lado, los datos bibliotecarios pueden arrojar algo de luz al asunto, pues el registro catalográfico fue creado en el SIGB el 11 de junio de 2013, y la orla se digitalizó en septiembre de 2013, pero su ingesta en la *Biblioteca Digital Hispánica (BDH)* no se hizo hasta el 4 de agosto de 2016, *i. e.*, sólo unos meses antes de la muerte de Infantes. Así que resulta plausible, incluso probable, que no tuviese tiempo de descubrir el retrato,

⁹ En el vol. 5, de índices, se ha buscado en los apartados: “bibliotecarios y archiveros”, “fotógrafos”, “grabadores y litógrafos”, “editores, impresores, tipógrafos y librerías” y “escritores, poetas, literatos, periodistas, bibliógrafos” (1970: 93, 144, 145-146, 122, 123-137). Además, con métodos de arqueología digital, se ha puesto en funcionamiento la obsoleta versión de la *Iconografía* en CD-ROM, que (literalmente) está en proceso de expurgo, y con sus varias posibilidades de consulta se ha ratificado definitivamente la ausencia del polímata matritense.

¹⁰ De hecho, así lo han confirmado los dos últimos. Ortega, por su parte, conocía amplia y sobradamente la mentada orla, mientras que Delgado afirma sólo haberla visto indirectamente a través de la obra ilustrada *La Biblioteca Nacional*, de Manuel Carrión (1996: 48) –también fallecido en 2016–; pero ninguno de los dos tenía constancia de la fallida búsqueda de Infantes.

pues, sin duda, lo habría hecho y, por supuesto, habría dado feliz noticia de ello por todo lo alto.

SALDANDO LA DEUDA

Como sea que haya sido –pues ahora nunca se sabrá–, y conseguido circunstancialmente aquel fútil propósito, se entrega simbólicamente al amigo Víctor, al maestro Infantes, la fotografía que el “invisible” Sancho Rayón tanto le negó, dedicada *bromista* pero respetuosa y cariñosamente como el fotógrafo –quizá– hubiese hecho o –más probablemente– como a Víctor le habría hecho reír. En su confección se han usado:

1. la pequeña fotografía oval de la Biblioteca Nacional, de unos 63 x 45 mm
2. un cartón inspirado en las fotografías de la época, para dar verosimilitud al “ensayo” fotográfico, pero aderezado con un deseado –y simbólico– anacronismo *antitípico* (casi en sentido bíblico)
3. y la mismísima caligrafía de Sancho Rayón, extraída de un par de cartas que mandó a Menéndez Pelayo en el ocaso de 1898, (des)compuesta (*quasi*) tipo-gráficamente, *siguiendo* los consejos de Sigüenza y Vera en la última obra que Infantes (co)editó ([2017])

Además, aunque no es menester y lugar para ahondar en el argumentario, el cual ya no podrá confrontarse personalmente con Víctor, me aventuro a asegurar que EL CULEBRO materializó sus reproducciones, pese a las autorizadas opiniones de Rodríguez-Moñino y del propio Infantes (2016: 48-49), no como *bromas*, *burlas* o *falsificaciones*, sino –como dicen en tierras carpetanas acerca del palacio que construyó el marqués de Santa Cruz en el Viso– “sólo porque pudo y porque quiso”. Ni más, ni menos. Y en ese sentido, como con los mentados “aguinaldos”, éste también se entrega así, sin *aprobación*, ni *licencia*, ni *privilegio*; sin pretender (obvia y evidentemente) engañar a nadie con una (improbable e imposible) *falsificación*.

Así pues, y sin más dilación, como escribiese Cervantes en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* (1613) –que Víctor también usó como “parodia” para describir el rostro de otro grande, de Julián (Martín Abad), en una impagable muestra audiovisual de su talento y su talante, pese a estar visiblemente griposo (*Un incunabulista en la BNE*, 2012)–:

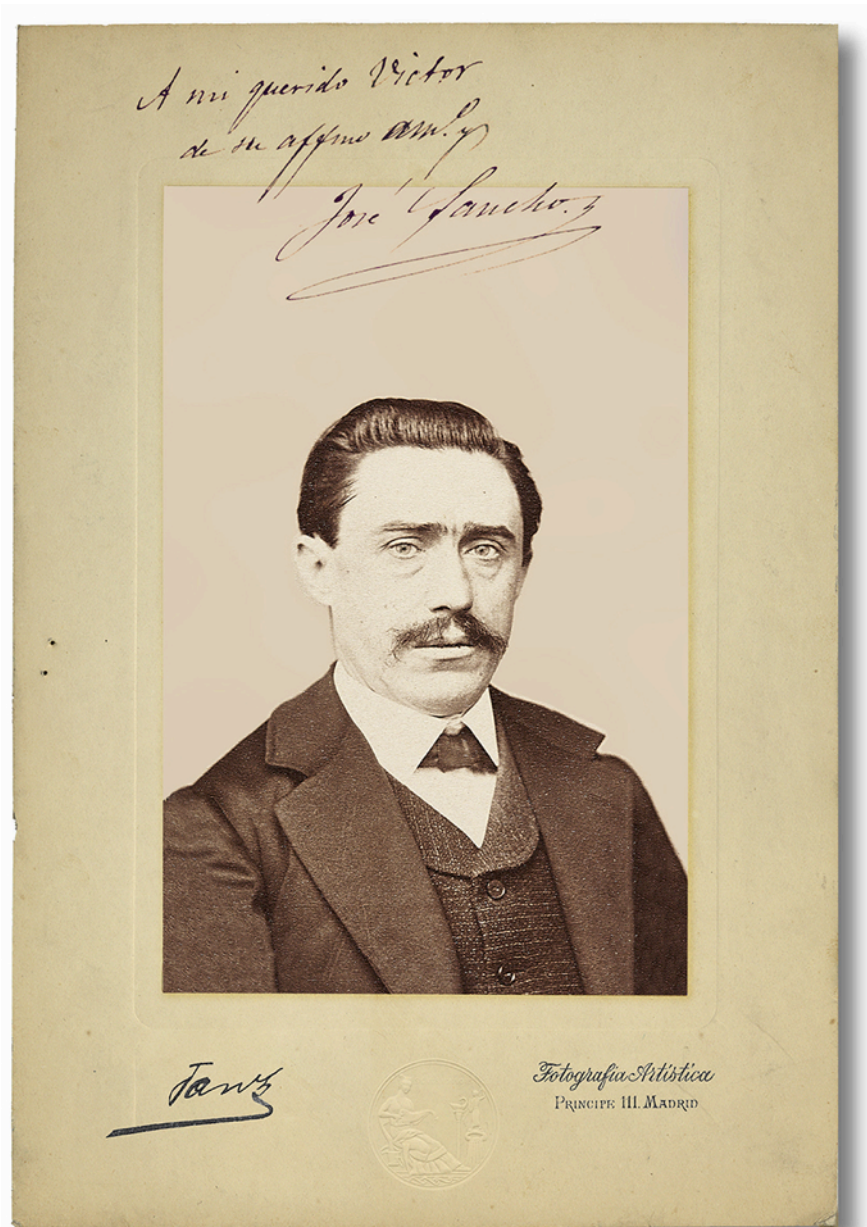


Fig. 1. Ensayo fotográfico del único retrato (conocido) de José Sancho Rayón, con base en *Autores de obras bibliográficas [...]* (BNE, 17/148/22); dos cartas autógrafas del bibliófilo, conservadas en la Biblioteca Menéndez Pelayo (8 y 92 del vol. 15 del *Epistolario*); y en otros documentos varios de la colección *foto-bibliográfica* del autor.

Este que veis aquí, de rostro serio pero inquieto, de cabello castaño, frente lisa, y desembarazada, de claros ojos, de nariz corva, aunque bien proporcionada; sin barbas, de bigote exiguo, pero largo y desgarbado, la boca grande, los dientes ocultos; el cuerpo entre dos extremos, ni grande, ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena, poco cargado de espaldas, y no muy ligero de pies. Este digo que es el rostro del coautor del *Ensayo de libros raros y curiosos*, de otros mil y un *ensayos fotolitográficos*, de las primeras fotografías (publicadas) del manuscrito del *Poema del Cid*, y de otras obras que andan por ahí descarriadas sin el nombre de su dueño. Llámase comúnmente José Sancho Rayón, quien ostenta, por su serpenteante habilidad libresca, el sobrenombre de EL CULEBRO.

POST SCRIPTUM

Temo, por mi parte, que estas líneas sean leídas por “ojos ávidos” y “malas manos”, y que algún otro ocioso entre en competencia para conseguir las obritas de Sancho Rayón. Hoy, aunque algún despistado/desaprensivo (o simplemente *bromista*) ya pide cantidades disparatadas (a la par que irrisorias), en general se pueden comprar a un precio bastante asequible para un bolsillo como el mío, modesto y menguante. Pero si este gesto dispara absurdamente los precios, me lamentaré por mucho tiempo, aunque habrá valido el “desvelo”¹¹. Suplico, por tanto, en nombre del dúo bibliográfico de José y Víctor, de Víctor y José, que déjese completar la colección y, a cambio, prometo difundirlas digital y gratuitamente cuando las encuentre todas, o casi todas. ¡Palabra de bibliógrafo!

[META]NOTA

Con la venia de los editores, me permito hacer una breve nota a la nota, pues *in extremis*, unos días antes de conocer la decisión editorial de *Janus*, descubrí con verdadera sorpresa que en el *Catálogo de los retratos de personajes españoles que se conservan en la Sección de Estampas y de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional*, redactado por Ángel María de Barcia, sí se incluía a Sancho Rayón (1901: 777, 809). Sin embargo, éste no pasó, como ya se ha explicado, a la *Iconografía hispana* (1966-1970), tal vez por simple omisión o, más probablemente, porque era una de las más de veinte mil fotografías que coleccionó el pintor Manuel Castellano, y que, como explicaba Barcia, ni siquiera intercaló él en el cuerpo principal de su *Catálogo*, por ser “retratos faltos de todo valor artístico y aun muchos de ellos de todo interés histórico, por ser de personas oscuras y sólo conocidas

¹¹ Ya en 1980 Infantes decía que algunos de esos disparatados precios se debían “más a librereros desaprensivos que al reconocimiento de su auténtico valor bibliofílico [*sic*]” (2016: 32).

de los que las trataron”, pero que mencionaba soslayadamente en un apéndice porque “al fin [eran] retratos de españoles y est[aban] en la Biblioteca” (1901: [761]).

Por desgracia, requiriéndome las pruebas de esta nota, no he podido tener acceso a esas “antipáticas” y “repugnantes” fotografías, pegadas “apretadamente” en veintidós álbumes, pues en este preciso momento, después de un siglo, se están catalogando íntegramente y, además, quien lo hace está de vacaciones. Pero ojalá que las palabras finales de Barcia en su citado anexo sean aplicables también a EL CULEBRO: “[d]e la mayor parte de los comprendidos en la lista que sigue se encuentran entre las fotografías más de un retrato”. ¿Tal vez, además del rostro, podamos conocer en ellas algún detalle más, como sus hábiles manos, o su despacho-laboratorio? Puestos a desear, esperemos que sí.



Bibliografía

- 150 años de fotografía en la Biblioteca Nacional: guía-inventario de los fondos fotográficos de la Biblioteca Nacional*, coord. y dir. por Gerardo F. Kurtz e Isabel Ortega, Madrid, El Viso, 1989, 375 pp.
- Autores de obras bibliográficas premiados en los concursos desde 1857 a 1865*, [S. l., s. n., ca. 1866], BNE 17/148/22, <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000198985>> [consulta: 23/04/2021].
- Barcia y Pavón, Ángel María de, *Catálogo de los retratos de personajes españoles que se conservan en la Sección de Estampas y de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional*, [S. l., s. n.], 1901, 897 pp. <<http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000232364&page=1>> [consulta: 4/11/2021].
- Conde, Juan-Carlos, “Víctor Infantes (1950-2016): el príncipe de los bibliógrafos”, *ABC*, jueves 15 de diciembre de 2016, p. 68, <<https://www.abc.es/archivo/periodicos/abc-madrid-2016121568.html?>> [consulta: 15/09/2021].
- Delgado Casado, Juan, *Un siglo de bibliografía en España: los concursos bibliográficos de la Biblioteca Nacional (1857-1953)*, Madrid, Ollero y Ramos, [2001], 2 v.
- [Egoscozabal Carrasco, Pilar], “El adiós a Víctor Infantes”, *Noticias*, 22 de diciembre de 2016, <<http://www.bne.es/es/AreaPrensa/Noticias2017/1222-El-adios-a-Victor-Infantes.html>> [consulta: 15/09/2021].
- Iconografía hispana: catálogo de los retratos de personajes españoles de la*

Biblioteca Nacional, publicado por la Sección de Estampas bajo la dirección de Elena Páez Ríos, Madrid, Biblioteca Nacional, 1966-1970, 6 v.

- Infantes, Víctor, “Una colección de burlas bibliográficas: las reproducciones fotolitográficas de Sancho Rayón (I)”, *Cuadernos de bibliofilia: revista trimestral del libro antiguo*, nº 5, julio, (1980a), pp. 61-78.
- Infantes, Víctor, “Una colección de burlas bibliográficas: las reproducciones fotolitográficas de Sancho Rayón (II)”, *Cuadernos de bibliofilia: revista trimestral del libro antiguo*, nº 6, octubre, (1980b), pp. 42-58.
- Infantes, Víctor, “Una colección de burlas bibliográficas: las reproducciones fotolitográficas de Sancho Rayón (III)”, *Cuadernos de bibliofilia: revista trimestral del libro antiguo*, nº 7, enero, (1981), pp. 5-29.
- Infantes, Víctor, “Una colección de burlas bibliográficas: las reproducciones fotolitográficas de Sancho Rayón (IV)”, *Cuadernos de bibliofilia: revista trimestral del libro antiguo*, nº 8, abril, (1981-1982), pp. 19-42.
- Infantes, Víctor, *Las reproducciones fotolitográficas de Sancho Rayón: una colección de burlas bibliográficas*, [Valencia], Albatros, 1982, 94 pp.
- Infantes, Víctor, “Un bibliófilo decimonónico de tronío y postín: José León Sancho Rayón, ‘El Culebro’”, *Hibris: Revista de bibliofilia*, nº 61, (2001), pp. 35-48.
- Infantes, Víctor, “La colección de burlas litográficas de José Sancho Rayón veinte años después”, *Pliegos de bibliofilia*, nº 22, (2003), pp. 3-10.
- Infantes, Víctor, *Una colección de burlas bibliográficas: las reproducciones fotolitográficas de Sancho Rayón: nueva edición*, [Madrid], Turpin, 2016, 141 pp.
- Martínez Pereira, Ana, “Víctor Infantes - Obituario”, *Noticias de la Sociedad Internacional para el Estudio de las Relaciones de Sucesos (SIERS)*, [2016], <<https://siers.es/novidades/ver.htm?linguaxeId=es&id=31&paxina=>> [consulta: 15/09/2021].
- Martínez Pereira, Ana, “Semblanza de Víctor Infantes: Madrid, 26 enero 1950 – Torreldones, 1 diciembre 2016”, *IMAGO: Revista de emblemática y cultura visual*, nº 9, (2017a), pp. 9-13, <<http://dx.doi.org/10.7203/imago.9.10917>> [consulta: 15/09/2021].
- Martínez Pereira, Ana, *Víctor Infantes: filólogo*, 2017b, <<https://biblioteca.ucm.es/fl/victor-infantes,-filologo>> [consulta: 15/09/2021].
- Martínez Pereira, Ana, ed., *El arte de la memoria: homenaje a Víctor Infantes*, Madrid, Visor Libros, 2020, 558 pp.
- Revista de archivos, bibliotecas y museos*, año iv, nº 4-5, abril-mayo, (1900),

p. 311, <<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0000025211&page=124>> [16/09/2021].

Sigüenza y Vera, Juan José, *Mecanismo del arte de la imprenta para facilidad de los operarios que la exerzan [...]*, ed. por Víctor Infantes y Ana Martínez Pereira, [Madrid], Turpin, [2017], 280 pp.

“Un incunabulista en la Biblioteca Nacional de España: Julián Martín Abad”
Una cita en la BNE, 12 de diciembre de 2012,
<<https://youtu.be/A0qDiy4slQg>> [20/09/2021].

Zabala, Jon, dir., *Bibliografía: concepto y tipología*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, CEVAM, 2014a, 18 min,
<<https://youtu.be/1IQRvG9ncrY>> [20/09/2021].

Zabala, Jon, dir., *La enseñanza formal de la Bibliografía*, Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, CEVAM, 2014b, 18 min, <https://youtu.be/lzvP2a88q_k> [20/09/2021].